

dicando en desierto, enemistándonos con los fuertes, perdiendo fortuna, posición, influencias que la adulación nos reportaría á cambio de una sonrisa de la verdad. Lo seguro es que llegará un día en que los hombres se escandalizarán de que en nombre de la justicia, de la caridad, del orden, de la virtud, de la religión y del bien, hayan podido durante siglos los peores, con el apoyo de las armas y de todas las mujeres devotas, perpetuar desigualdades é infamias que sólo pueden defender la ignorancia y el crimen. Entonces y solamente entonces, dejarán los hombres de arrebatarse el pan á los niños y un suspiro inmenso de bienestar, al pasar sobre nuestros osarios, nos recompensará de una vida entera de obscura y penosa labor.

EN LA HUERTA

Había ya cerrado la noche; ráfagas vivificadoras de un aire puro y oxigenado, columpiaban la hinchada copa de las morenas; el aroma de los azahares y los jacintos flotaba en los espesos ramajes; un rumor solemne se alzaba sobre adarves y partidores y, en el cielo esmaltado, las estrellas rompían en parrandas de luz.

Agigantadas y multiplicadas las sombras, mostrábase la huerta aún más grande, más soberana. Sobre ella parecía cernerse todo el genio musulmítico y dormitar en la noche nupcial, en el seno de las frondosidades silenciosas, como duerme en su capillo el gusano.

Y, flotando sobre los albardines rojizos que cabalgan en las lomerías, subían á las nubes tenues columnas de humo azulado, como movibles y retorcidas columnas salomónicas, sosteniendo la azul y tachonada cúpula, ó como incensarios de un templo

más grande que las mezquitas de Suleyman, más ingenuo y más bello que la ermita de la Fuensanta.

Tras de los encañados y respaldizos danzaban los gusanos; entre las junturas de las atobas correteaban microscópicos seres fantásticos; sobre las nacientes tahullas silbaban los faunos y encima de las palmeras acaireladas que destacaban sus brazos sobre el cielo, como cuerdas de un arpa, parecía estallar el beso del alma de la huerta, fuerte como el panizo, morena como el fruto jugoso de la palera.

De Monteagudo á Carrascoy, del Miravete á Alcantarilla, sobre la inmensa alfombra verdegueante de infinitos matices, alzábase un misterioso rumor como el de simientes que estallan, cortezas que se hienden, aguas que se deslizan, hojas que se columpian é insectos que baten sus transparentes élitros sobre el metálico corselete.

La huerta es la abundancia, es la riqueza, es la felicidad.

Y he aquí que, á lo lejos, suena el punteado sutil del guitarró y canta el huertano:

«Entre flores y frutos
y panochares;
¿quién dirá nuestras penas
en sus declares?»

La voz es triste, lastimera, y el punteado le presta relieve con un maravilloso mordente y arpegio. Tras breve cadencia la canción prosigue:

«Manque son hombres,
no quieren ver los ricos
llorá los probes.»

La voz se desvanece, recobra la noche su calma mística, extiéndose por el bosque otra vez el sublime silencio y una sensación de infinita amargura parece impregnar el espíritu de melancolía y tristeza.

Es la huerta exuberante, maravillosa, opulenta; de sus ramas penden los frutos como las campanillas de las andas; en las tahullas brotan las espigas como en el mar los oleajes; en los surcos crecen los gérmenes como en los *Cabezos* el argénteo filón; en la hondonada asoma el pimentonero y en el arcón teje su envoltura el gusano. Y ¡allí hay miseria y dolor é infortunio! La razón se resiste á creerlo. En el páramo la desolación se comprende, no en el emporio de la magnificencia, donde la naturaleza prodiga sus dones. Allí debe haber para todos. No es justo que sobre á los hombres lo que puede faltar á los ancianos, á las mujeres y á los niños.

¡Ah, qué espléndida huerta! La ensalza-

ron los genios, la cantaron los vates, poetizaronla los narradores y aún está todo por decir y en cada uno de sus tallos aún vibra un himno y todavía de cada rama pende una estrofa. Sin perder su grandeza, sin dejar de ser ella la *señora*, un río caudaloso la serpentea y una ciudad nunca bien ponderada se tiende en su seno. Ella vió derrumbarse la suntuosa Mezquita Aljama y rodar deshechos las almenares y mudarse los hombres y pasar los siglos y siempre permanece la misma, ornada del ceñidor de sus ríos, calzada de las sandalias de sus pequeños huertos olorosos, con arracadas de granos de maizales y diademas de pétalos. Y, orgullosa de su grandeza, embelesada de su excelsitud, mira como las barracas humean en honor suyo, como pebeteros de sábeos perfumes, y como se pueblan sus sendas floridas y como, descubriendo las frentes para rendirle acatamientos, veinte generaciones de poetas pasan y cantan.

No. En su regazo amoroso y tibio podrá albergarse la miseria, podrán verter lágrimas las mujeres, sollozar los ancianos, gemir los niños, hasta que sobre el valle, una aurora, se dibuje la gigantesca sombra del dedo de Dios. Pero hay en su frente escrita una frase que dibujan los pámpanos retorcidos, y proyectan las ramas y que, co-

mo inscripción mudéjar, se encuentra en lo más oculto de sus frondas y en lo más abierto de sus riberas y se esconde en el cáliz de sus rosas de cien tonalidades y en el de sus clavelones sangrientos. Y esa frase es una afirmación de la Huerta que vibra y se repite en el valle, hasta herir las montañas, hasta besar las nubes, hasta hendir y llenar el espacio intersideral. En prados y espesuras, y macizos de flores y cumbres de hojarasca, un eco repite con voz tierna y profética lo que la Huerta siente y quiere:
¡Yo soy para los míos!

PLUMAS REMUNERADAS

Ello es que los periodistas demócratas tenemos la culpa de todo cuanto viene ocurriendo en este desdichado país. Vendemos nuestra pluma. Tal es, al menos, el sentir de ciertas eminencias cultísimas. Escribimos, no por amor á la verdad, ni á la justicia, ni á principio alguno que digno de respeto y adoración sea, sino por *remuneración*. De este modo, la opinión imparcial y sensata así debe hacer caso de nuestras declamaciones y censuras, como de las mismísimas coplas del buen Calafinos.

Y vean ustedes hasta qué punto es verdadero el refrán inglés que asegura ser el diablo un pollino. Puestos á vender nuestras plumas, hemos ido á ponerlas precisamente al servicio de quien peor las paga. No las hemos ofrecido á los gobiernos monárquicos, que dan credenciales, disciernen mercedes, otorgan cátedras, confieren actas, encargan Comisiones, subvencionan diarios

y regalan cruces y diplomas. No las hemos ofrecido á las congregaciones religiosas, que explotan diócesis, dan beneficios, forman camarillas, prodigan prebendas, procuran dotes, crean poderosas industrias, facilitan encumbramientos y dan en este mundo chocolate y licores y en el otro la vida eterna. Ni siquiera hemos sido tan avisados que las hayamos depositado á las plantas de la milicia, que dispone del Mausser, ni del caciquismo, que manda en las leyes. La misma burguesía, que tiene algo que vale más que todo lo humano, el dinero, no ha sido más afortunada en esto de contarnos por fieles devotos ni por impenitentes defensores.

No. En el afán de comerciar con nuestra pluma, hemos ido á vendérsela... al pueblo. Contentos con percibir nuestro modesto sueldo del periódico, que no nos impone opiniones ni juicios, hemos vendido nuestra conciencia, no á los ricos, no á los fuertes, no á los influyentes, sino á los que no tienen una peseta. Veán ustedes si hemos hecho un bonito negocio, y si nuestra malicia corre parejas con nuestra estolidez.

Pudiendo adular al capital, que nos habría discernido honra y provecho, hemos querido defender á los trabajadores, quienes, en pago, nos llaman vagos y burgueses.

ses. Siendo para nosotros llano servir á las Universidades de Deusto y Chamartín, planteles de acaparadores de momios, hemos clamado por los infelices maestros de escuela, quienes no pueden darnos ni aun las migajas de sus mesas opíparas. Estando á nuestro arbitrio escoger entre la fortuna y la persecución, hemos preferido ser pobres, fracasados, objeto de burla ó menosprecio, á vernos ricos, influyentes, mimados, elevados á la grandeza y á la apoteosis. Todo por rendir holocausto á ideas abstractas, y servir á obreros, campesinos, niños, mujeres, ancianos, desvalidos y seres débiles que no se acordarán seguramente mañana de quien por ellos derramó tantas lágrimas [y tuvo que soportar tantas miserias.

Hemos hecho un bonito negocio. *The devil is the ass*. Desde la tontería de Esaú hasta el Tratado de París, bien puede asegurarse que no ha habido negocio más desdichado y ruinoso que el que nosotros hemos hecho con nuestras famosas *plumas remuneradas*.

Otra cosa hemos hecho, según varones doctos, que maldito si sabíamos que fuera censurable: dar gusto á la opinión. A juicio de tan sabios censores, debimos ir siempre contra la corriente, ni más ni menos

que la mujer del molinero. Pero, ¡clarol, el afán de sacar al público muchos *perros chicos*, nos ha obligado á atender las quejas de las gentes, á oír las lamentaciones de los atropellados y á repetir los ayes de los descontentos. Verdad es que esos *perros chicos* no han entrado en nuestro bolsillo, con lo cual hemos pecado por una friolera. De suerte que, como el pobre Gargantúa, nos ha tocado ser malos y tontos.

Afortunadamente, y en vista de lo mal que nos va con tal granjería, es de esperar que caigamos pronto de nuestro neo y nos dediquemos á ser justos y benéficos, como mandaba la noble Constitución de Cádiz. Defenderemos el absolutismo, por amor al arte; la retrogradación, por gusto; la opresión militarista, por noble y generoso desinterés; el capitalismo, por afición, y la desigualdad, por deporte. Nos pondremos de parte del fuerte contra el débil, del poderoso contra el oprimido, del que se engríe arriba contra el que suspira y perece abajo, de los chirimbolos tradicionales enfrente de los símbolos de la Democracia; de las leyendas de la reina Maricastaña y del rey Conejo contra las afirmaciones de la indagación y de la experiencia. Seremos defensores de lo caduco, de lo gastado, de lo inútil, de lo absurdo, de lo que

parece que no tiene defensa. Todo de balde, graciosamente, sin que nos valga cosa alguna. Entonces dejarán de ser nuestras plumas remuneradas, y podremos decir que hemos hecho, pese á monsergas y paños calientes, lo que en el mundo no hizo nadie.

SOBRE EL TERRUÑO

El anógrafo.—Tú sabes, luego puedes; tienes la ciencia, eres fuerte, eres poderoso. Por mí has luchado veinte mil décadas. Se me atropella, se quiere esclavizarme; protégeme.

El político.—¿Qué ocurre?

El anógrafo.—Quieren quitarme el voto, es decir, la soberanía; los derechos políticos, ó lo que es igual, la consideración de ciudadano; los derechos civiles, la capacidad, esto es, mi condición de hombre.

El político.—Es justo. No sabes escribir.

El anógrafo.—Pero, ¿no sé pensar? Siglos y siglos he servido para enriquecer á los poderosos, he arrancado á la tierra los minerales y los frutos, he movido las herramientas y hecho girar las máquinas, he bajado encorvado á la mina, he cruzado los mares á remo, he sido productor en la paz y soldado en la guerra. He servido para el dolor, ¿no soy hombre?

El político.—Eres analfabeta.

El anógrafo.—Pero no esclavo. No sé por que nadie me enseña, no cultivo mi inteligencia porque se me explota, ignoro la verdad porque me predicáis el error. Pero tengo opinión y juicio; soy de carne.

El político.—Vendes el voto.

El anógrafo.—Le venden algunos de mis hermanos cuando les aniquila la miseria; pero, ¿no eres tú quien le compra ó los tuyos? Convertida la voluntad en mercancía, tan malvado es quien compra como quien vende. Tanto da ser Jacob como Esaú. Quien paga por pecar es peor cien veces que el que ha pecado por la paga. ¿No lo ha dicho una escritora á quien tienes por santa?

El político.—Hieres y matas.

El anógrafo.—Como tú. Sino que yo hiero por hambre, por ofuscación, por aturdimiento, por no encontrar justicia; pero tú matas por pasión ó por vicio, cuando no asesinas en bloque y hieres en montón.

El político.—Adminstras mal los bienes de tus hijos.

El anógrafo.—Mis hijos nunca han tenido bienes, y empleo en educarles la primer moneda de cobre.

El político.—Haces de la mujer tu víctima.

El anógrafo.—Te equivocas. Es el oro, no la miseria, quien la prostituye. No compran doncellas los iletrados, ni aquí ni en Rabat. El adulterio siempre es astuto; la traición, como el oro, siempre amarillea.

El político.—Te embriagas.

El anógrafo.—Porque adulteráis la bebida del pobre.

El político.—Huelgas.

El anógrafo.—Cuando no hallo trabajo ó no se recompensa.

El político.—Te vengas.

El anógrafo.—Cuando no hacéis justicia.

El político.—No; la sociedad se desquicia, la moral se derrumba, el bienestar desaparece; todo, porque sin tener instrucción, votas y gobiernas y administras y riges. Hay que arrancar tu púrpura en nombre del bien. Por el propio progreso tienes que volver á la ergástula.

El anógrafo.—Habéis gobernado sin mí cincuenta siglos, y ha sido preciso que yo me emancipe para que disminuya el hambre, se dignifique la mujer, se practique la higiene, desaparezca el látigo y se abran las escuelas. Toda la historia ha sido vuestra, y la historia es una serie de crímenes. Cuatro mil años hemos sido regidos por dioses, por héroes, por caudillos y sabios, y siempre ha

triunfado la desigualdad, y la sangre ha corrido á ríos y la ignorancia ha vencido doquiera.

El político.—¿Y ahora?

El anógrafo.—Ahora me ilustro; somos cada vez menos. Ahora desmiento la leyenda de Edades que juzgábais dichosas, en que todo eran sombras y malestar y vergüenza, en que la *trimourti* social la formaba el hambre, la guerra y la peste. Si la cultura se difunde, no es por los sabios que la crean, sino por esas muchedumbres ya emancipadas que la viven.

El político.—Despojándote de derechos, harás por recobrarlos, ilustrándote. En tu mano estará ser soberano ó súbdito, señor ó siervo, ciudadano ó máquina. Si no eres libre, nadie será de ello culpable sino tú. Puedes avivar el espíritu, llamar á las puertas del poder con el dorado cetro de la ciencia, y ellas se te abrirán y sus sacerdotes te darán su aspersion y sus fieles te recibirán bajo palio.

El anógrafo.—Imposible. Esas puertas han estado siempre cerradas. Ha sido necesario para forzarlas la catapulta de los hombres del pueblo. Hemos sido nosotros quienes hemos hecho justicia al genio, mientras vosotros le torturábais ó le hacíais morir. En ese templo de la verdad sólo se ingresa

por la emancipación. Sólo puede pensar quien es libre; sólo es dado ilustrarse á quien no es esclavo.

El político.—Pues te despojaré á tu pesar.

El anógrafo.—Lucharemos

El político.—Si triunfo, la victoria será para mí.

El anógrafo.—Si venzo, el triunfo será para todos los hombres.